

Las elecciones presidenciales del 19 de marzo de 1989

Segundo Montes

Resumen

En el artículo se retoma el análisis de las elecciones de 1988, para extraer de allí algunas lecciones y líneas de interpretación. Pasa luego a reflexionar sobre los antecedentes inmediatos y mediatos de las elecciones de 1989, ya sean externos o internos a El Salvador. Por último, se enfrenta a la crisis política originada por la propuesta del FMLN de postergar las elecciones y validarlas o aceptar sus resultados, renunciando consiguientemente a la lucha armada. El nudo del artículo se halla en la exposición y la interpretación de los datos y resultados de las elecciones, así como en las consecuencias derivadas de ello. Concluye con una serie de previsiones y de exposición de retos que se le plantean al partido ganador, ARENA.

1. Introducción

Dos semanas antes del 19 de marzo todavía no se sabía con certeza si en esa fecha se llevarían a cabo, o no, las elecciones presidenciales. A diferencia de las de 1988, a los pocos días el Consejo Central de Elecciones (CCE) daba los resultados oficiales definitivos; a diferencia también de 1984, no hizo falta una segunda ronda de elecciones, sino que en la primera el Partido Alianza Republicana Nacionalista (ARENA) obtuvo más del 50 por ciento de los votos. El artículo en que analizaba los resultados de las elecciones de 1988 concluía con

el siguiente párrafo: "En consecuencia, lo más previsible es que el PDC recupere algo del espacio político y social perdido en 1988, pero no lo suficiente como para alzarse con un triunfo incuestionable en 1989; desde luego, no en la primera ronda, pero quizás tampoco en la segunda si es que llega a darse."

La parte final del párrafo ha quedado patente en 1989; resta verificar si la primera parte se ha cumplido, o no, y qué variables han intervenido en todo el proceso salvadoreño.

Los resultados obtenidos en las elecciones de

1988 no sólo fueron una prueba para medir las inclinaciones del electorado, sino que además se convirtieron, de hecho, en el inicio más denso de la campaña electoral para 1989. Primero fue la euforia del partido ARENA y de sus seguidores. Luego, superada la crisis de mayoría en la asamblea legislativa —resuelta previamente por el cambio de fidelidad del diputado por Morazán del PCN hacia ARENA, y más tarde por la resolución de la Corte Suprema de Justicia que concedió a ARENA el diputado en disputa por La Unión—, con la creación y procedimientos de la Comisión Investigadora de la Corrupción la asamblea fue minando a una serie de funcionarios públicos, y con ello al partido en el gobierno (PDC), profundizando aún más la campaña iniciada para las elecciones de 1988 en tal dirección. Por el contrario, el Partido ARENA no tuvo tiempo ni tomó decisiones a ningún nivel que pudieran minar su credibilidad, o "gastarse" en el ejercicio del poder nacional o local.

El fenómeno observado en anteriores elecciones, en las que tras el fracaso de partidos con posibilidades y aspiraciones de poder, se producían crisis internas en ellos, se volvió a repetir en 1988. El caso más claro fue el del Partido Demócrata Cristiano (PDC), que alargó la rivalidad entre los dos principales aspirantes a la candidatura presidencial —Lic. Julio Adolfo Rey Prendes y Dr. Fidel Chávez Mena— casi hasta finales de 1988, resolviéndose con la escisión del partido, la consolidación del segundo, y la conformación de un nuevo partido —Movimiento Auténtico Cristiano (MAC)— por la fusión de los seguidores de Rey Prendes y el partido minoritario MERECEN que llevaría de candidato a presidente a Rey Prendes —al mismo tiempo que arrastraba consigo a 16 diputados elegidos por el PDC, pero de su línea política. También el Partido de Conciliación Nacional (PCN) sintió los efectos de una latente crisis, que se traslució en el triunfo de la línea y de la candidatura del Dr. Rafael Morán Castaneda, frente a la de la dirigencia del partido.

Otro aspecto a considerar es el cambio en la

correlación de fuerzas políticas en el seno de la asamblea legislativa. ARENA logró amasar un precaria mayoría absoluta, pero no la cualificada, si no pactaba alianzas con otros partidos. El PCN, manteniendo su proporción de diputados, y algunos cargos directivos, no sería, a diferencia de la legislatura anterior, el pivote sobre el que girarían las alianzas, por carecer de los votos exigidos para ello. Fue la fracción disidente del MAC el árbitro de las alianzas —con la dualidad de la fidelidad a los principios y raíces originarias, frente al posible resentimiento contra la línea oficial del PDC que lo había excluido.

Tradicionalmente en El Salvador las elecciones presidenciales convocan a un mayor número de votantes que en cualquier otra. Por más que el régimen sea republicano, con división de poderes, y el legislativo o el judicial en algunas instancias estén por encima del ejecutivo, la percepción generalizada es la de un régimen presidencialista, en el que el presidente del ejecutivo es el que manda y controla la cuota mayor de poder —tanto más cuanto que generalmente el mismo partido ha dominado o tenido clara mayoría en todos los poderes u órganos del Estado. Este hecho inclina a esperar una mayor asistencia a las urnas que en las elecciones de diputados y alcaldes, o a buscar razones y causas específicas si no se produce una afluencia mayor.

2. Antecedentes de las elecciones

Una serie de variables, internas y externas, incidieron en la campaña electoral, en las actitudes y disposiciones de los salvadoreños, así como de los partidos políticos, tanto en lo que se refiere a la campaña electoral, como al proceso mismo y al curso de los acontecimientos, en los que se fue librando una lucha por el control del poder y la conquista del electorado.

En el ámbito internacional, la campaña presidencial en Estados Unidos iba incidiendo de alguna forma en la salvadoreña. Incluso el hecho de que fuera el partido republicano el triunfador, la figura del nuevo presidente norteamericano, el



crecimiento porcentual de los demócratas en ambas cámaras, la nueva actitud de la Casa Blanca hacia la región centroamericana, junto con las declaraciones del saliente secretario de Estado George Shultz en el sentido de que la política exterior de su país había tenido éxito en todas partes menos en Centroamérica, hacía prever que la "era Reagan" había concluido, y que nuevas reglas de juego y de relaciones internacionales iban a establecerse, lo que no dejaría las manos libres para cualquier actitud del partido que pudiera ganar en El Salvador —la visita del vicepresidente Quayle a El Salvador al regreso de su viaje a Venezuela para la toma de posesión del presidente Carlos Andrés Pérez, así como su insistencia ante políticos y militares de que no se pueden tolerar violaciones a los derechos humanos, y que hay que llevar a los tribunales a los oficiales implicados en flagrantes acciones de ese tipo, es clara señal de que soplan nuevos aires en la Casa Blanca.

A nivel interno, la grave e irreversible enfermedad del presidente Duarte debilitó aún más al gobierno en el órgano ejecutivo, en la dirección política del país, e incluso en la dirección moral e ideológica del partido, que volvería aún más difícil la solución eficaz y rápida del conflicto surgido en su seno, como se ha indicado antes. A ello hay que añadir la intensificación del accionar militar y político del FMLN, que a partir del inicio de septiembre prácticamente mantuvo una ofensiva militar, en el interior del país y en la misma capital, cosa insólita en lo que va de la guerra; al mismo

tiempo que era capaz de imprimir el suficiente temor en más de la mitad de los alcaldes y concejos municipales y en un buen número de jueces de paz como para que interpusieran su renuncia irrevocable, lo que creaba un gigantesco vacío de poder local y de paralización de la administración civil.

A lo largo de varios meses a mediados de 1988 la iniciativa político-social estuvo en manos de la mayoría de las fuerzas sociales, bajo la dirección y el liderazgo del arzobispado de San Salvador, que convocó al debate nacional por la paz. El tema, por un lado, polarizó a las diferentes agrupaciones económicas, profesionales, gremiales, laborales y sociales, tomando posición a favor o en contra del debate nacional y, por otro lado, generó una amplia discusión y multiplicidad de pronunciamientos sobre la situación del país, las causas de la crisis y las posibles soluciones a la misma (ver ECA, agosto-septiembre de 1988).

Una nueva fuerza política entró en la contienda para las inminentes elecciones presidenciales: la Convergencia Democrática (CD), conformada por la unidad del Partido Social Demócrata (PSD) de Mario Reni Roldán, el Movimiento Nacional Revolucionario (MNR) de Guillermo Manuel Ungo, y el Movimiento Popular Social Cristiano (MPSC) de Rubén Zamora. La decisión adoptada de participar en las elecciones presidenciales de 1989, con la candidatura de Ungo para Presidente y de Roldán para Vicepresidente, por un lado generó diferencias y discusiones con el FMLN —dado

Una nueva fuerza política entraría en la contienda para las inminentes elecciones presidenciales: la Convergencia Democrática.

que los dos últimos integrantes son parte del FDR, su aliado—, y por otro lado, motivó repetidas exigencias de parte de los partidos de derecha, del gobierno y de la Fuerza Armada a que definieran su posición e hicieran clara y pública declaración de ruptura con el FMLN. Durante la campaña electoral la CD fue acusado constantemente de ser pantalla y fachada del FMLN, de ser responsable las acciones violentas de éste, y fue intimidada de múltiples formas. Sin embargo, su participación en las elecciones al mismo tiempo favorecía y legitimaba a los demás partidos políticos, proyectando una imagen de apertura, heterogeneidad de opciones y democratización creciente.

En este contexto socio-político se inició el período denso de propaganda electoral. ARENA mantuvo el lema que le había beneficiado en la campaña anterior: "Cambiemos para mejorar," al que le introdujo al final uno nuevo y más sugerente: "La alegría ya viene." El PDC, en cambio, más bien se mantenía a la defensiva y reaccionaba a la propaganda de su contendiente con imitaciones a veces confusivas más que originales. La iniciativa en este campo, tanto en ideas como en calidad técnica la llevaba ARENA; mientras que el resto de partidos apenas si disponía de recursos ni de mensajes sugerentes. Si en un inicio la lucha se pretendió librar en el campo acostumbrado —el PDC renovando las acusaciones de miembros o simpatizantes de ARENA en el asesinato de Mons. Romero—, pronto se llegó a un pacto de caballeros, o al fracaso de la táctica con la resolución de la Corte Suprema de Justicia contra la orden del Fiscal General de la República de extraditar a El Salvador al capitán Alvaro Saravia, y la ulterior destitución del fiscal por parte de la asamblea. El tono agresivo descendió marcadamente, y sólo en algunos debates televisivos se reavivó la acritud esporádicamente. ARENA, por su parte, mantuvo el estribillo de corrupción, incapacidad y fracaso de los funcionarios del PDC —tema en el que no era preciso insistir dema-

siado, dada la introyección lograda en las mayorías y la vivencia experimentada en los últimos años.

A diferencia de las últimas oportunidades, para esta campaña los partidos con más aspiraciones presentaron sus "plataformas" de gobierno, más o menos desarrolladas y especificadas (ver ECA, noviembre-diciembre de 1988), de modo que la lucha no se libró únicamente a nivel retórico. En el plano económico ARENA presentó un plan que para los más radicales de la derecha "no mostraba diferencias con el del PDC," pero que mostraba los intereses fundamentales del capital: la privatización progresiva en los tres campos de las reformas. El PDC, por su parte, buscó alianzas con el "sector independiente," llevando a uno de sus representantes, Francisco Barrientos, a la candidatura a vicepresidente, y presentó un programa económico de privatización progresiva y creciente, que no se diferenciaba sustancialmente del de ARENA; con ello se pretendía conquistar sectores medios y progresistas del capital, pero se corría el riesgo de que amplios sectores populares rechazaran al partido —de hecho, importantes organizaciones laborales se pronunciaron contra el PDC, la misma UNOC se mostró muy crítica y exigente, y la UPD no gubernamental hizo un pacto con ARENA.

A medida que se acercaban las elecciones, se percibía mejor la correlación de fuerzas políticas, se conformaban grupos de integración para enfrentar el reto. ARENA, consciente de su fuerza y convencida de que obtendría la mayoría, se mantuvo sola como partido contendiente. El PDC, a pesar de sus declaraciones triunfalistas, buscó una ampliación por alianzas, hasta conformar el "gran centro democrático" con el "sector independiente" y Acción Democrática (AD) que se había retirado del pacto acusando de incapacidad al gobierno. El MAC surgió de la alianza de la fracción de Rey Prendes con MERECEN. Los partidos minoritarios de derecha se aliaron en la Unidad Popular (UP), constituida por el Partido

Liberación, PAISA y PPS. La CD se conformó con los tres partidos ya conocidos. Unicamente el PAR libró solo la batalla, al igual que ARENA. El conflicto surgido con ocasión de las modificaciones al Código electoral, el veto presidencial, la publicación por la asamblea, la demanda de inconstitucionalidad, no fueron más que un pulso de fuerzas, una escaramuza en la contienda, que se resolvió por el "compromiso" firmado por las máximas autoridades de los tres órganos del Estado, en un pacto suscrito en la Corte Suprema de Justicia. Los sondeos de opinión realizados a lo largo del período mostraban repetidamente una mayoría muy significativa a favor de ARENA, seguido a mitad de porcentaje por el PDC, y a una distancia insuperable el resto de los partidos encabezados por CD; sin embargo, cerca de la mitad de la población, o no tenía decidido por qué partido votar, o se resistía a mostrar sus preferencias, con lo que las proyecciones no eran confiables, si bien el predominio de ARENA era irrefutable, aunque no suficiente para prever un triunfo en la primera vuelta.

3. Un factor nuevo y distorsionador

El día 23 de enero de 1989, en vísperas casi de la fecha electoral, el FMLN presentó una propuesta de negociación y de paz cualitativamente distinta de las anteriores, dado que aceptó lo que siempre le habían exigido el gobierno y la administración norteamericana —renunciar a la lucha armada y participar en el proceso electoral— si se postergaban las elecciones hasta septiembre y se cumplían otras condiciones menores. Con esta propuesta el FMLN conquistó la iniciativa política —la militar ya la sostenía desde septiembre de 1988—, obligó a todas las fuerzas políticas y sociales a tomar posición frente a la misma, y relegó a un lugar secundario y subordinado la campaña electoral. La audacia de la propuesta dejó sin argumentos válidos a las demás fuerzas, al cumplir con las exigencias impuestas durante años, y las obligó a escudarse en interpretaciones de insinceridad, trampa o violación literal y formal de la Constitución.

La primera reacción de los partidos —menos la CD— y del gobierno —incluido el presidente Duarte— fue de rechazo frontal a la propuesta, y el argumento clave, el de violación de la Constitución —únicamente Rey Prendes alzó la voz para llamar a la reflexión y a tomar en serio la propuesta, por el bien del país. Sin embargo, ante la toma de postura del Departamento de Estado de Estados Unidos, en el sentido de analizar en profundidad y tomar en serio la oferta, se fue marcando un giro en el gobierno y en los partidos políticos. Estos se reunieron reiterada y sistemáticamente para discutir la propuesta y presentar un frente común, resolviendo sentarse con el FMLN en México para aclarar y discutir las posiciones. De aquí salió la resolución de presentar a los tres órganos del Estado la moción de negociar una alternativa y crear una comisión bipartita del ejecutivo y el legislativo para proceder con autoridad y poder. La reunión de presidentes de Centroamérica, que por fin tuvo lugar en El Salvador los días 13 y 14 de febrero, aunque no discutió explícita y oficialmente la propuesta y la respuesta, ocupó, sin duda, un lugar importante, tanto más cuanto que Nicaragua se comprometió a avances audaces en la solución de su conflicto con los "contras" y en el proceso de democratización. Prueba de ello fue la "contrapropuesta" ofrecida por Duarte al FMLN el día 26 de febrero de 1989, junto con la aceptación de la Fuerza Armada —que previamente había recordado su obligación constitucional de dar un golpe de Estado si se violaba la Constitución y se extendía el mandato presidencial— y la oferta de parte de ésta de un "cese unilateral del fuego" desde el 28 de febrero hasta el día de la toma de posesión del nuevo presidente el 1 de junio de 1989. Sin embargo, la asamblea legislativa, dominada por ARENA, postergaba demasiado la discusión y el nombramiento de los representantes que integrarían con los del ejecutivo la comisión de negociación con el FMLN, condenando con ello a la fatalidad de la fecha del 19 de marzo para llevar a cabo las elecciones; cuando al fin lo aprobó, ya era demasiado tarde para detener el evento, y el FMLN había endurecido también su

posición, amenazando con un "paro al transporte" a partir del jueves 16, sabotaje al sistema eléctrico y a la infraestructura, intensificación del accionar militar —aunque más tarde afirmó que no atacaría a los puestos de votación ni a la población civil—, y orden a sus seguidores y simpatizantes de no acudir a las urnas. A tal grado se elevó la iniciativa política del FMLN que en esta oportunidad, por primera vez, el aparato estatal y la Fuerza Armada no pudieron "descubrir" ningún plan táctico específico y titulado de los insurgentes para las elecciones.

La propuesta del FMLN, la esperanza de solución a los problemas fundamentales y de obtener la paz, despertaron en las grandes mayorías optimismo, ilusión, casi euforia. Los pronunciamientos a su favor se multiplicaban, así como las marchas, las presiones —por supuesto, tachadas de manipulación, instrumentalización y fachada del FMLN por todos los opositores a la negociación. En el último sondeo de opinión realizado por el Instituto Universitario de Opinión Pública de la UCA (IUDOP) en vísperas de las elecciones, el 58.9 por ciento se pronunciaba por la posposición de las elecciones. El haberse cerrado esa alternativa, previsiblemente provocaría una profunda frustración en las grandes mayorías, que rechazarían el ir a votar por la intrascendencia del hecho en la solución a los verdaderos problemas del país, que habían vislumbrado en el horizonte. Eso nos hizo a algunos analistas prever un triunfo de ARENA en la primera vuelta, a pesar de otros argumentos y análisis. En la semana previa al 19 de marzo se libró también una verdadera lucha de encuestas, amañadas, manipuladas o interpretadas de acuerdo a todos los gustos e intereses partidistas; la última cursada por el IUDOP mostraba un comportamiento constante en las preferencias del electorado, pero el hecho de que cerca del 55 por ciento no manifestara su opción o no tuviera ninguna, impedía predecir y proyectar comportamientos.

4. Análisis de los resultados electorales

Las condiciones reales en que se llevaron a cabo las elecciones del 19 de marzo de 1989 eran

poco propicias para la manifestación clara y plena de la voluntad popular. En primer lugar, y como ya se ha apuntado, la expectativa y la frustración por la propuesta del FMLN y su rechazo efectivo. El paro al transporte desde las cero horas del jueves anterior, junto con el sabotaje al sistema eléctrico y derivadamente al del agua, mantuvieron al país por largos días sin tales servicios, con una extensión territorial, duración y efectividad sin precedentes en los diez años de guerra. Los enfrentamientos militares, e incluso los ataques del FMLN y la respuesta militar alarmante de la Fuerza Armada en la periferia de la capital, así como en otros muchos lugares del país, crearon un ambiente de tensión exacerbada —lo que pudiera explicar, en parte, la muerte de tres periodistas y la lesión de otro a manos del ejército en la noche y mañana del propio 19 de marzo.

En los cuadros que siguen, elaborados en base a los datos disponibles hasta el momento, se pueden apreciar los resultados obtenidos en las dos últimas elecciones, y se puede establecer una comparación en el comportamiento del electorado en ambas oportunidades, para extraer de ahí algunos elementos de análisis. Primero se ofrece el de los resultados de 1988, distribuidos por partidos y departamentos, en correspondencia a los mismos datos aplicados a 1989, con la incorporación en este último del nuevo contendiente, la Convergencia Democrática, que ha obtenido resultados equiparables a los del PCN, y superiores a todos los demás partidos minoritarios en conjunto.

ARENA ha incrementado sus votos, tanto en cifras absolutas —y en todos los departamentos, a excepción de Usulután y Morazán, en los que disminuyó—, como en el porcentaje, suficiente para alzarse con la mayoría absoluta. El PDC, a su vez, también ha incrementado muy ligeramente sus votos totales —por departamentos ha aumentado en San Salvador, Santa Ana, Sonsonate, La Unión y Ahuachapán, mientras que ha disminuido en el resto— y su porcentaje, manteniéndose como la segunda fuerza política indiscutible del país en ese momento. El PCN, en cambio, se ha reducido a menos de la mitad en votos y porcentajes, aunque



superando a la CD —menos en los departamentos de San Salvador y La Libertad. La CD ha mostrado en estas elecciones tener un buen espacio político en la zona metropolitana —que incluye buena parte de población del departamento de La Libertad— y donde hay más libertad real de conciencia y de opción política. Los resultados obtenidos por el resto de partidos minoritarios son

tan magros que se ven amenazados con la supresión por no haber alcanzado el mínimo requerido en el Código electoral para su pervivencia, a excepción del MAC.

La comparación de ambos cuadros también nos muestra que ha habido una sustancial disminución en los votos emitidos, en casi ciento cincuenta mil —en 1985 hubo 1,107,472 votos emitidos— y un casi imperceptible aumento en los votos válidos respecto al año anterior —en 1985 hubo 965,231 votos válidos—, que se explicaría por la sensible disminución en los "votos no válidos" —en 1985 fue del 12.8 por ciento—, que bajó de un 19.1 por ciento a un 6.4 por ciento —5.1 por ciento nulos, 0.5 por ciento impugnados y 0.7 por ciento abstenciones—, alcanzando posiblemente la "tasa normal" e inevitable de votos no válidos. Por departamentos, ha disminuido la votación en todos, menos en el de Ahuachapán, en cuanto a valores absolutos, pero hubo incremento porcentual en el de San Salvador, Santa Ana, Sonsonate y Ahuachapán —donde el control

Cuadro 1
Resultados de las elecciones de 1988: diputados

Depart.	PDC	ARENA	PCN	Otros	Válidos	No-Val.	%Emi.	Emitidos	%Emit.
S.Salv.	86,463	123,663	10,346	28,304	248,776	52,983	17.6	301,759	26.2
St.Ana	31,071	40,277	10,513	8,245	90,106	19,200	17.6	109,306	9.5
S.Mig.	24,841	30,403	7,807	3,017	66,068	11,276	14.6	77,344	6.7
La Lib.	36,597	52,472	7,494	9,080	105,643	34,018	24.4	139,661	12.1
Usulut.	18,186	28,778	4,820	1,832	53,616	16,895	24.0	70,511	6.1
Sonson.	28,953	39,952	7,726	8,454	85,058	14,444	14.5	99,502	8.6
La Un.	15,286	15,109	3,499	208	34,102	17,140	33.4	51,242	4.5
La Paz	14,922	23,424	4,908	4,265	47,519	11,699	19.8	59,208	5.1
Chalat.	14,677	13,749	3,152	4,444	36,022	7,594	17.4	43,616	3.8
Cuscat.	10,046	20,867	3,063	1,416	35,439	8,347	19.1	43,786	3.8
Ahuach.	14,742	21,634	6,641	4,122	47,139	9,369	16.6	56,508	4.9
Morazán	11,949	11,051	4,721	580	28,301	7,604	21.2	35,905	3.1
S.Vicen.	12,439	14,428	1,401	2,234	30,502	5,541	15.4	36,043	3.1
Cabañas	6544	11,889	2,665	1,360	22,458	4,155	15.6	26,613	2.3
TOTAL	326,716	447,696	78,756	7,7581	930,749	220,185	19.1%	1,150,934	100%
	35.1%	48.1%	8.5%	8.3%	100%				

Fuente: Montes, ECA, marzo-abril 1988, Cuadros 2 y 4, págs. 183-184.

Cuadro 2
Resultados oficiales de las elecciones de 1989

Depart.	PDC	ARENA	PCN	CD	Otros	Válidos	No-Val.	%Emi.	Emitidos	%Emit.
S. Salv.	97,252	147,691	5,962	18,205	6,056	275,166	13,059	4.5	288,225	28.7
St. Ana	35,050	47,136	5,512	4,016	2,197	93,911	7,327	7.2	101,238	10.1
S. Mig.	22,917	30,913	2,451	1,070	1,098	58,449	3,367	5.4	61,816	6.2
La Lib.	35,320	58,776	3,789	4,532	2,289	104,706	7,448	6.6	1,12,154	11.2
Usulut.	14,953	26,469	2,165	806	1,174	45,567	3,490	7.1	49,057	4.9
Sonson.	37,525	46,340	3,644	1,792	1,662	90,963	7,327	7.5	98,290	9.8
La Unión	16,286	16,114	1,416	284	966	34,782	2,780	7.4	37,562	3.7
La Paz	13,836	25,125	1,782	964	970	42,677	3,071	6.7	45,748	4.6
Chalat.	10,852	14,058	1,765	376	1,296	28,297	2,265	7.4	30,562	3.0
Cuscat.	8,266	24,280	1,443	1,078	803	35,870	2,748	7.1	38,618	3.8
Ahuach.	20,645	28,882	4,022	1,527	1,494	56,570	5,018	8.1	61,588	6.1
Morazán	8,244	10,804	2,222	262	771	22,303	2,747	11.0	25,050	2.5
S. Vicen.	11,579	15,518	864	454	478	28,893	1,890	6.1	30,783	3.1
Cabañas	5,644	13,264	1,181	276	559	20,924	1,538	6.8	22,462	2.2
Total	338,369	505,370	38,218	35,642	21,479	939,078	64,075	6.4%	1,003,153	100.0
	36.03%	53.82%	4.07%	3.80%	2.28%	100.0%				

Fuente: Consejo Central de Elecciones —CCE— (tomado de *Diario Latino*, miércoles 29 de marzo de 1989: 9). Cálculos sobre los datos oficiales.

Nota: Se han tomado conjuntamente los datos para los partidos MAC, UP, AD y PAR —"otros"—; así como los votos impugnados, nulos y abstenciones —en "no válidos"—; para no hacer un cuadro demasiado ancho, difícil de leer, y para poder incluir los porcentajes que se han calculado.

militar es más efectivo—, igual porcentaje en los de Cuscatlán y San Vicente, y menor en todos los demás —nuevamente aparece La Libertad con la segunda posición en cantidad de votos y consiguientemente de población residente.

En el siguiente cuadro se puede apreciar mejor el fenómeno de la abstención y la distribución de votos por partido en relación a los posibles reales, en base a los carnets electorales entregados por el CCE.

El porcentaje de votos, tanto válidos como emitidos, de todos los realmente posibles, ha disminuido apreciablemente en 1989 respecto a las elecciones anteriores. Todos los partidos —a excepción de ARENA, que ha incrementado sus votos también en esta perspectiva— han decrecido en el respaldo popular. ARENA, aunque haya

obtenido mejor proporción que todos los demás, cuenta únicamente con el respaldo del 27.6 por ciento de los posibles votantes, lo que significa una franca debilidad de mandato popular y democrático, si bien las reglas establecidas la llevan a dirigir los destinos del país, pero más del 72 por ciento no ha votado por ella, y deberá tomar en cuenta ese dato para enfrentar la grave responsabilidad nacional asumida.

El hecho de que haya habido una abstención cercana a la mitad de los posibles votantes, tanto para emitir el voto como para validarlo, requiere una reflexión y análisis serios. ¿A qué obedece? ¿A quién beneficia o perjudica? ¿Qué significado político-social tiene? Indudablemente las interpretaciones son diversas y contrarias, y la instrumentalización política de los datos es comprensible.

Cuadro 3
Relación entre carnets electorales entregados y distribución de votos (en %)

Año	PDC	ARENA	PCN	CD	Otros	Validos	No-Val.	Emitidos	Carnets
1988	19.8	27.1	4.8	—	4.7	56.4	13.3	69.8	1,650,000
1989	18.5	27.6	2.1	1.9	1.2	51.2	3.5	54.7	1,834,000

Fuente: Informes orales del CCE, y elaboración de datos en base a los cuadros anteriores.

Pero conviene ir más allá de los inmediatismos y las manipulaciones, para entender el proceso y ayudar a encontrar las mejores salidas para la sociedad en su conjunto. El querer atribuirlo a una sola causa, por evidente que parezca, es simplificar mucho el complejo fenómeno; y el querer adjudicárselo como una victoria exclusivamente propia puede inducir a equivocaciones optimistas, interesadas o ideologizadas y a decisiones ajenas a la realidad.

El FMLN ciertamente dio línea de boicot a las elecciones, pero pensar que toda la abstención está a su favor sería incurrir en un error histórico impropio de sus análisis —tanto más cuanto que no desautorizó la participación de CD, a la que había propuesto como portaestandarte, de momento, de su proyecto. También la UNTS y otras organizaciones populares se pronunciaron contra la participación en las elecciones; pero mal harían en sobreestimar la cuantía de sus seguidores.

De otro lado, se quiere atribuir al paro al transporte, al sabotaje a la electricidad, al temor inducido por las amenazas y las hostilidades en algunos lugares y puntos cercanos a lugares de votación. Sin embargo, aparte del hecho, ya expresado en las elecciones anteriores, de que las distancias reales que debe recorrer la mayoría de los votantes no son insuperables en muchos casos aun sin transporte rodado, y que muchos acostumbra a ir el domingo al pueblo para asistir a los servicios religiosos, al mercado y a otras actividades, a pie desde sus ranchos y cantones o caseríos, las mismas condiciones se dieron en anteriores elecciones, con menor impacto que en la

actual. Es más, con motivo de los diferentes paros al transporte, sabotajes, enfrentamientos y temor, e incluso en los días previos al 19 de marzo de 1989, la propaganda oficial se centró en la valentía y espíritu de los salvadoreños que afrontan el riesgo y las amenazas, dirigiéndose a pie a su trabajo y demás actividades, o en los medios más precarios, riesgosos o caros. Siendo consecuentes con lo anterior, hay que considerar que si esos salvadoreños van al trabajo o a cualquier otro tipo de actividades porque lo consideran de gran importancia, y a pesar de todas esas dificultades, pero no van a votar, quiere decir que el ejercicio del sufragio lo consideran de menor trascendencia que las otras acciones por las que se arriesgan y sacrifican; es decir, que el ir a votar lo toman como algo más secundario, o aprovechan la excusa de las dificultades reales para no hacerlo.

Ya anteriormente se ha expresado la sospecha de una actitud de desencanto y frustración en grandes mayorías —indicado en parte por su voluntad mayoritaria de que se postergaran las elecciones—, tras el optimismo y esperanza de una solución pronta y negociada al conflicto, que puede haber motivado a grandes contingentes a abstenerse de participar en unas elecciones que, menos que ninguna de las anteriores, no se planteaban como una vía para la solución de los graves problemas de El Salvador. Si a ello se agrega la línea dictada por el FMLN y por otras organizaciones populares en el sentido de no participar, más la realidad o la excusa de los inconvenientes y dificultades originadas por las circunstancias creadas por la insurgencia, se puede explicar globalmente la complejidad del hecho,

El hecho de que haya habido una abstención cercana a la mitad de los posibles votantes, tanto para emitir el voto como para validarlo, requiere una reflexión y análisis serios. ¿A qué obedece? ¿A quién beneficia o perjudica?

aunque sin poder asignar porcentajes ni siquiera aproximativos a cada una de las variables.

El alto grado de abstención indudablemente ha favorecido a ARENA, cuyos seguidores estaban más convencidos que los del resto de partidos, y al mismo tiempo disponían muchos de ellos de más medios para afrontar las dificultades o poder proporcionar transporte a gran parte de sus seguidores —con menor grado de abstención previsiblemente ARENA no hubiera obtenido el triunfo en la primera vuelta. Todos los demás partidos, sin duda, se han visto afectados negativamente con tan elevada abstención, en mayor o menor grado; en mayor porcentaje, dada la cantidad de votos logrados, la CD, a la que el FMLN había propuesto para que sus seguidores la votaran si se atrasaban las elecciones, y que no la apoyarían ante el fracaso de la propuesta y la línea dictada de abstenerse —lo que no hay que interpretarlo, por ello solo, como que hubiera podido alcanzar el segundo lugar o quedar muy próximo al PDC en esa fecha. También ha salido favorecido el FMLN, no porque toda la abstención deba cargarse a su cuenta, ni mucho menos, sino por haber logrado un impacto profundo en el proceso político, haber llevado la iniciativa política en un período largo y trascendental, y haber planteado un más profundo cuestionamiento a tales elecciones como mecanismo de legitimación del poder y de solución de la crisis. Con ello también ha impreso un nuevo significado político-social al proceso, obligando a cuestionar y discutir los problemas trascendentales de la sociedad salvadoreña, la necesidad de algún tipo de pacto negociado si se quiere afrontar el futuro y gobernar el país, al mismo tiempo que ha puesto un gesto radical de concesión y renuncia irreversible para encontrar soluciones eficaces y duraderas.

Por último, hay que destacar que en esta

oportunidad no hubo la confrontación post electoral tradicional en anteriores ocasiones, reclamos consistentes ni denuncias significativas. En primer lugar, los resultados fueron tan evidentes que no dejaban lugar a querellas dignas de consideración. En segundo lugar, el partido ganador, y sus máximos dirigentes, no incurrieron en una euforia desatada ni en actitudes hostiles, sino que tendieron su mano caballerosamente a los otros contendientes y al pueblo, afirmando que "nadie ha salido derrotado." En tercer lugar, los candidatos por el PDC también supieron aceptar su derrota y felicitar a los triunfadores. En fin, los datos oficiales fueron publicados con prontitud, sin problemas de escrutinio, dada la ventaja incuestionable de ARENA, que pudiera en otro caso haber visto amenazado su triunfo o intentado conquistarlo o consolidarlo en el CCE.

5. Previsiones

Si no interviene ninguna variable extraña, es previsible que se produzcan crisis al interior de los partidos perdedores. En el PDC ciertamente es de esperar una muy profunda crisis y renovación de cuadros. El PCN parece destinado a un debilitamiento progresivo, que a su vez generará nuevas crisis en su interior. El MAC se tiene que enfrentar en los próximos dos años con una realidad artificial: por un lado tiene un grupo de 16 diputados, lo que le permite forzar o establecer alianzas y pelear cuotas de poder, pero por otro lado tiene que afrontar la realidad de que únicamente ha logrado 9,300 votos, cuota precaria, si no insignificante, que forzará a su máximo y experimentado líder político a realizar equilibrios y audacias políticas. El resto de partidos minoritarios se ve abocado a su desaparición legal si no se modifica la legislación vigente. Sólo resta considerar a la CD, que puede interpretar, no sin

cierta justificación, que no ha sido derrotada ni ha fracasado, no sólo por partir de cero, sino por las circunstancias que impidieron medir eficazmente la cuantía de sus seguidores; sin embargo, toda medida frente al optimismo voluntarista sería poca si pretende ser realista.

ARENA, por su parte, se enfrenta con la gravísima responsabilidad de conducir ella sola al conjunto del aparato de Estado, ya que controla todos los órganos del mismo. Una cosa es la retórica de la oposición, y otra muy distinta el ejercicio del poder en una realidad tan compleja y conflictiva. El problema económico, el militar, el social, el político y el de las relaciones internacionales son aspectos inseparables de un mismo e ingente obstáculo concreto para cualquier proyecto de gobierno. El FMLN, por su parte, ha dado claras muestras no sólo de su poder militar, sino también de su capacidad de negociación y de originalidad en las concesiones, por lo que creer que sin pactar con él se puede gobernar el país podría ser un pésimo inicio, un error histórico insostenible y un fracaso demasiado costoso —por más que algunos consideren que es indispensable para, al fin, tras el fracaso del otro modelo político alternativo, encontrar vías más racionales y más políticas de solución y de avance definitivo en el proceso salvadoreño.

No parece desatinado insistir no sólo en el reto que tiene en frente ARENA para el ejercicio del poder, sino también en el origen de la asignación del triunfo, obtenido con apenas un 27.6 por ciento de los votos posibles reales, en unas elecciones minusvaloradas por un demasiado elevado porcentaje de la población adulta de El Salvador, y cuando menos profundamente cuestionada en su legitimación para solucionar los graves problemas del país, y frente a un FMLN militar y políticamente poderoso, al tiempo que flexible y dispuesto a negociar. Pretender imponer los intereses de esa minoría al 72.4 por ciento que no ha votado por ese partido, y al conjunto de la sociedad salvadoreña, parecería difícilmente compaginable con una verdadera democracia.

El foco de atención para el gobierno de ARENA se ha de centrar en cómo aborde la solución del principal problema dual: la obtención de la paz y la dinamización de la economía. El obtener una paz que no resuelva los problemas de la estructura económico-social injusta, sería un fantasma ilusorio; el pretender dinamizar la economía sin alcanzar la paz, es una quimera. Falta por ver si se imponen las exigencias de los intereses más duros e individualistas, o el pragmatismo de un moderado realismo político.

San Salvador, 31 de marzo de 1989.